

¡Puede socorremos despues de vuestra resurreccion y no lo puede durante vuestra vida!» (1).

Hay una creencia en el cristianismo cuya práctica impresionaba vivamente á los paganos: «Los cristianos, decian, se llaman todos hermanos y hermanas; se aman casi ántes de conocerse.» ¿Pero cómo interpretaban los paganos la fraternidad de los fieles? Segun ellos cubrian bajo este bello nombre las infamias y los crímenes de que constituian una religion (2). La credulidad y la ignorancia populares han sido siempre pródigas en acusaciones contra aquellos que se alejan de los senderos trillados. Nunca se imaginaron calumnias más absurdas que las que envolvian las acusaciones de los paganos: «Los cristianos degollaban un niño en sus misterios y se lo comian; despues de esta comida cometian incestos; unos perros que tomaban parte en sus placeres derribaban las antorchas, y, privándoles de la luz, les libraban de la vergüenza» (3).

Los cristianos se colocaban fuera de la constitucion política; estaban en oposicion violenta, constante, con las costumbres; su vida singular favorecia la calumnia. De aquí el odio furioso con que los paganos los persiguieron: «Eran enemigos de los dioses, del Emperador, del Estado, del género humano, criminales culpables de todos los crímenes» (4). Apénas se los consideraba como hombres (5). El nombre de cristiano se hizo infamante. Los paganos evitaban todo contacto, áun el de la palabra, con aquellos malditos sectarios (6). Un pagano que tuviese valor para convertirse se ponía en cierto modo fuera de la ley: «Un marido, dice Tertuliano, aunque no tiene ya por que ser celoso, repudia á una

(1) TERTULL., *De testim. anim.*, c. 2.—MINUC. FELIX, *Octav.*

(2) MINUC. FELIX, *Octav.*, c. 9.

(3) TERTULL., *Apolog.* 7. TERTULIANO da una buena respuesta á esta calumnia. Despues de haber demostrado lo que hay de infame y de increíble en las censuras de los paganos, apostrofa á los acusadores: «Si crees estas cosas de un hombre, es que tú podrias hacerlas. Pero tú eres un hombre como los cristianos; tú no podrias cometer estas infamias, pues no las creas.»

(4) IBID., *Apolog.*, 2, 35; *ad Scapul.*, 2.

(5) IBID., *ad Nat.*, 1, 8: «*Tertium genus dicimur, Cynopennæ aliqui, vel Sciapodes, vel aliqui de subterranea Antipodes.*»

(6) ORÍGEN., *c. Cels.*, VI, 27.

mujer que se ha hecho casta: un padre deshereda á un hijo, sumiso para lo sucesivo, y cuyos desórdenes toleraba ántes; un amo despide á un esclavo fiel que hasta entónces habia tratado con dulzura. Cuanto más se enmienda el que se hace cristiano, tanto más odioso se hace; tanto excede el odio del nombre cristiano al bien de que es el principio» (1).

El odio al nombre cristiano llegó á ser el origen de las acusaciones más peligrosas. Sin tener el sentimiento profundo de la religion, los romanos participaban de sus terrores. Un accidente de la naturaleza affigia al pueblo, las derrotas de las legiones alarmaban al Senado, y se atribuian estas desgracias á alguna negligencia en el culto de los dioses. ¿Cuál sería el furor de los paganos cuando vieron á una secta cada día más numerosa negar la existencia de sus divinidades! Decian que los dioses irritados abrumaban al mundo con todos los males imaginables; que rehusaban velar por el destino de los hombres y abandonaban la humanidad al desorden de sus pasiones (2). Bien pronto los terribles Bárbaros se arrojaron sobre el imperio. La decadencia de la antigüedad habia comenzado, por decirlo así, con el cristianismo. Los Romanos no podian saber que el Evangelio fuese el germen de una sociedad nueva, no veian en los cristianos más que un elemento de disolucion y de ruina. Lógico en su odio y en su cólera, el pueblo quiso exterminar á aquellos enemigos del género humano; gritaba á cada instante: ¡los cristianos á los leones! (3).

### N.º 3.—*El cristianismo perseguido.*

El odio popular juega un gran papel en las persecuciones que sufrió el cristianismo. Irritados con la desercion de los cristianos, los paganos los perseguian como enemigos de la sociedad; no pedian justicia, sino la muerte inmediata de los culpables. Sin embargo, semejantes procedimientos repugnaban al espíritu jurídi-

(1) TERTULL., *Apolog.* 3.

(2) ARNOB., *adv. Gentes*, I, 1.—Era un proverbio: «*Pluvia deficit, causa Christiani*» (AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, II, 3).

(3) TERTULL., *Apolog.*, c. 40.

co de Roma. El emperador Adriano reprobó estas ejecuciones tumultuosas: «Si los cristianos, dijo, han cometido crímenes, que se les acuse y que la justicia siga su curso ordinario» (1). Bajo Marco Aurelio, las enfermedades, las hambres, las guerras exasperaron á los paganos contra los cristianos; los movimientos populares provocaron las persecuciones; muchas veces la impaciencia de las pasiones se anticipó á la condena del juez. Cuando San Policarpo, discípulo de los Apóstoles, fué llevado delante del tribunal, la multitud de paganos y de judíos se puso á gritar con furor: «Este es el doctor del Asia, el destructor de nuestros dioses, es el que enseña que no se los debe adorar y que no se les deben hacer sacrificios.» Suplicaron al Cónsul que soltara el león contra él. El gobernador se opuso. «Que se le queme vivo», fué el grito general. El procónsul acabó por ceder. Las mismas escenas ensangrentaron á Lion (2).

Estas primeras persecuciones, excitadas por el odio de las masas, fueron parciales, locales. Cuando los emperadores se asociaron á ellas hubo un verdadero estado de guerra entre la antigua sociedad y la nueva. La leyenda se ha apoderado de la lucha heroica de los mártires; inspirada en el deseo de exaltar la victoria del cristianismo, ha exagerado el número de víctimas (3) y la crueldad de los perseguidores. Prevaliéndose de estas fábulas, negaron los filósofos del último siglo en cierto modo las persecuciones que les parecían contrarias á la tolerancia pagana (4). Nosotros podemos hacer justicia á los confesores de la fe, aun teniendo en cuenta la crítica de los libre-pensadores. Es verdad que la persecucion no fué sino un hecho accidental, pasajero, y que el número de mártires es poco considerable (5) si se le compara con los millares de herejes que perecieron víctimas de la intolerancia cristiana (6). Pero los crímenes de la Iglesia no son una

(1) RUFIN., *Hist. Eccl.*, IV, 9.—EUSEB., *Hist. Eccles.*, IV, 9.—JUSTIN., *Apol.*, I, 69.

(2) EUSEB., *Hist. Eccl.*, IV, 15; V, 1.

(3) DODWELL., *Dissertat.* XI, *De paucitate martyrum.*

(4) VOLTAIRE., *Ensayo sobre las costumbres*, ch. VIII.

(5) ORÍGENES, que escribía en la primera mitad del siglo III, dice que pocos cristianos habían sufrido el martirio (c. *Cels.*, III, 8).

(6) En los Países Bajos solamente más de 100.000 protestantes perecieron por

excusa para los emperadores, y por las ficciones de las leyendas no debemos dejar de admirar el nuevo heroísmo que resplandecía en la lucha espiritual del Evangelio contra el Imperio, heroísmo superior al valor guerrero de los Griegos y Romanos.

Los Romanos no conocían la verdadera tolerancia. La tolerancia, ó por mejor decir, la libertad religiosa supone que la religion es esencialmente una relacion entre el hombre y Dios; en este concepto, no se comprende ni aún la posibilidad de un culto legal. En Roma la religion formaba parte del Estado; consistía sobre todo en observancias exteriores; la sociedad tenía el derecho de regularlas y de velar por que aquéllas fuesen practicadas. En este órden de ideas, una nueva religion no podía introducirse sino con consentimiento del Estado. Los cristianos, no teniendo esta autorizacion, formaban una sociedad ilícita. Es verdad que el Senado, despues de haber luchado en vano contra la invasion de los cultos extranjeros, acabó por concederles fácilmente la naturalizacion. Pero desde su origen el cristianismo se colocó fuera y por cima del Estado; no podía coexistir, como las demas religiones, con el paganismo romano; pretendía, por el contrario, reemplazar á todas las formas religiosas. Esto era arruinar la sociedad pagana por su base. Los cristianos eran, pues, enemigos del Imperio; tal fué la causa política de las persecuciones. Eran legales bajo el punto de vista de la constitucion romana, y eran inevitables. No fueron las malas pasiones de los príncipes las que las provocaron, sino el instinto de conservacion: la sociedad antigua se defendió contra la invasion de una doctrina que amenazaba destruirla. Así es que no fueron los emperadores monstruos, sino los mejores emperadores, los que dieron leyes contra los cristianos. Éstos procuraban un apoyo al mundo que se desmoronaba, en el

mano del verdugo, bajo el reinado de Carlos V (GROTIUS., *De reb. belg.* l. 1, página 12, ed. f.<sup>o</sup>). Así dice GIBBON (ch. XVI), en una sola provincia, bajo un solo reinado, la intolerancia católica causó más víctimas que las que hubo en el vasto Imperio romano durante un período de tres siglos.—«Cristianos, exclama Juan de Muller (WERKE, t. 26, p. 24), dejad de declamar contra los Neronés y los Decios y de calumniar á Juliano. ¿Habeis olvidado las matanzas, la sangre de que habeis cubierto la Europa por vuestra santa fe?» Compar. VOLTAIRE., *Diccion. Fil.*, en la palabra *Mártires*, sec. III.

mantenimiento de las viejas instituciones; aquéllos asistían indiferentes á la decadencia universal (1).

Los cristianos hacen remontar la primera persecucion á Neron. En su culpable locura, el Emperador puso fuego á Roma; despues, para disipar toda sospecha, acusó á los judíos y cristianos; *Tácito* dice que su suplicio sirvió de espectáculo (2). No se puede considerar aquella orgía de crímenes como una persecucion religiosa. En efecto; las creencias de los cristianos, su nombre mismo, eran aún desconocidos. La oscuridad, la indiferencia ó el desprecio protegían á los nuevos sectarios. El ódio del pueblo fué el que los señaló á la atencion de los gobernadores de las provincias. Bajo los Trajanos y los Marco-Aurelios la sangre de los mártires regó los circos. El único crimen de que se les acusaba era su fe: el nombre de cristiano entrañaba en sí como una sedicion contra el órden social (3).

A medida que el cristianismo se extendió en el Imperio, la persecucion tomó mayor gravedad. Hacia la mitad del siglo III no se trata ya de algunas condenas arrancadas á los magistrados por el ódio de las masas; la lucha adquiere proporciones inmensas. Es la antigua sociedad que se defiende contra una revolucion inminente. *Lactancio*, olvidando la caridad cristiana, califica al emperador Decio de animal execrable (4). Decio es uno de los mejores emperadores que han ocupado el trono imperial; si se decidió á declarar la guerra al cristianismo, fué porque veía en él una supersticion peligrosa, incompatible con la constitucion romana. Los instintos populares estaban de acuerdo con los cálculos de la política. En Alejandria la insurreccion del pueblo se anticipó á las órdenes del Emperador. Cosa notable, un poeta fué quien animó á los paganos á tomar las armas para defender la antigua religion. Es que el helenismo estaba estrechamente ligado al paganismo. *Hele-*

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 146 y sig.

(2) TACIT., *Annal.*, xv, 44.

(3) Se conserva una sentencia dada contra los cristianos por un procónsul: fúndase sobre el solo hecho de que los acusados son cristianos: «Atendiendo á que Speratus, Cittinus,... convienen en que son cristianos y rehusan prestar homenaje y respeto al Emperador, ordenamos que sean decapitados» (BARON., *Annal. ad ann.* 202, § 4.)

(4) LACTANT., *De morte persecut.*, c. 4.

no era sinónimo de pagano; la civilizacion poética de la Grecia peligraba, tanto como la existencia de Roma. Moderada en un principio, la persecucion acabó por ser sangrienta: la crueldad romana no reconoció trabas. Pero los emperadores combatían á un enemigo invisible, que cobraba mayor fuerza con las derrotas.

Bajo Diocleciano la persecucion llegó á ser un combate á muerte. El Emperador tenía la ambicion de restablecer el antiguo esplendor de Roma, y á los ojos de un romano la gloria del Imperio era inseparable de las antiguas creencias (1). Levantándose contra la religion consagrada, los cristianos destruían el Estado (2); Diocleciano quiso obligarlos á volver á los altares de los dioses. Uno de los grandes escritores de nuestro siglo ha descrito la crueldad de los perseguidores y el heroismo de las víctimas: ¿quién se atreverá á hablar de los mártires despues de *Chateaubriand*? Los paganos no dudaban del éxito; celebraban ya en las inscripciones la victoria de los dioses y la destruccion del nombre cristiano. Pero la fuerza, esta divinidad del antiguo mundo, sucumbió en su lucha con el espíritu de los tiempos modernos. El enemigo más encarnizado del cristianismo, Galerio, se vió obligado á retroceder (3).

La lucha de Licinio con Constantino dió nuevas esperanzas al paganismo: fué como un combate supremo en que se decidieron los destinos del mundo. Augures, arúspices, adivinos de todas clases animaban las esperanzas de Licinio. Antes de entrar en campaña condujo á los jefes de sus pretorianos, á los personajes más considerables de su partido, á un bosque sagrado; allí, despues de haber ofrecido los sacrificios, dijo: «Estamos en presencia de los dioses, cuyo culto se nos ha trasmitido por nuestros padres. Nuestro adversario ha desertado de la fe de sus antepasados; adora á un dios nuevo que viene no sé yo de dónde; mancha

(1) «Nos quidem volueramus juxta leges veteres et publicam disciplinam Romanorum cuncta corrigere.» Palabras de Galerio (LACTANT., *De morte persecut.*, c. 34.—EUSEB., *Hist. Eccl.*, VIII, 17).

(2) «Christiani, qui rem publicam evertabant.» *Inscript.* (NEANDER, *Gesch. der christlichen Religion*, t. I, p. 264).

(3) Véase su edicto de tolerancia en LACTANCIO (*De morte persecut.*, c. 34.—C. EUSEB., *Hist. Eccl.*, VIII, 17).

las legiones con el signo vergonzoso de la cruz. La guerra que nos hace es más bien una guerra de su dios contra nuestras divinidades. El resultado de la batalla decidirá de qué lado está la verdad. Si el dios extranjero, que nosotros despreciamos, ahora triunfa, será necesario que le adoremos y que abandonemos á los dioses que honramos en vano; pero, si nuestros dioses son vencedores, como no lo dudo, volveremos despues de la victoria nuestras armas contra sus enemigos» (1). «Los antiguos dioses del Janículo, dice Chateaubriand, formaron alrededor de sus altares á las legiones que habian enviado á la conquista del universo: frente á aquellos soldados estaban los de Cristo. El lábaro venció á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña; el tiempo y el género humano habian dado un paso» (2).

La persecucion cesa. Los cristianos á su vez van á hacerse perseguidores. ¿Ha corrido en vano toda esta sangre? ¿No es más que un testimonio de las crueles pasiones humanas? Imbuidos, como los judíos, en el dogma de un Dios vengador, atribuyeron los cristianos á sus extravíos, á la relajacion de las costumbres, á la tibieza de la fe, las pruebas terribles en las que renacia su fuerza (3). Los más exaltados, léjos de temer las persecuciones, se felicitaban de ellas como de una gracia divina. Para ellos la vida era una prision, cadenas las pasiones, criminales los hombres. ¡Felices aquellos que se libertaban de los vínculos de esta vida miserable! Los hierros, los suplicios, la muerte, eran la libertad (4). Estos cristianos ardientes provocaban el combate, tenian sed de la muerte (5): «Es un segundo bautismo, dice Orígenes; pero el bautismo del agua solamente perdona los pecados; el bautismo de sangre los destruye. ¡Felices los que son juzgados dignos de esta regeneracion! Cuando las persecuciones se detienen es que Dios juzga á los fieles indignos del martirio» (6).

(1) EUSEB., *Vita Constant.*, II, 5.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.—NEANDER, t. II, 1, p. 32-34.

(3) EUSEB., *Hist. Eccl.*, VIII, 1.—CYPRIAN., *De lapsis*, p. 373; *epist.* VII.

(4) TERTULL., *ad martyr.*, c. 2.

(5) CYPRIAN., *epist.* 26 y 56.

(6) ORÍGEN., *Homil.* VII, 2, in *Libr. Judic.*; *Homil.* X, 2, in *Numer.*

Admiramos este heroísmo; creemos que hay algo de verdad en la explicacion del mal considerado como expiacion; pero la sangre generosa vertida en las luchas religiosas debe tener, como la que corre en los campos de batalla, una significacion más alta que el destino de algunas individualidades. Las persecuciones, que debian extirpar el nombre cristiano, contribuyeron á esparcir y á consolidar el cristianismo. *Tertuliano* proclamó esta verdad á la faz de los emperadores: «la sangre de los cristianos es la semilla de nuestra fe» (1). Hay en estas palabras una gran enseñanza para la humanidad: la impotencia de la fuerza para ahogar las doctrinas; el llamamiento á la libertad para el desarrollo del pensamiento. Hasta aquí no ha dado fruto la leccion; se ha abusado siempre y en todas partes de la fuerza para contener el progreso de las ideas. ¡Vanas tentativas! La resistencia fortifica las convicciones; las ideas siguen su camino al traves de todos los obstáculos. Insensatos aquellos que tienen la pretension de oponerse á ellas.

#### N.º 4.—*El cristianismo vencedor.*

##### a). *Extension del cristianismo en el mundo romano.*

Si se ha de creer á los Padres de la Iglesia, el cristianismo habia convertido el mundo casi desde su aparicion. Ya en el siglo II *Justino* escribe: «No hay pueblo entre los Griegos, ni entre los Bárbaros, ni en otra alguna raza de hombres, que no dirija en nombre de Jesus crucificado oraciones al Padre y al Creador del universo.» «La Iglesia está esparcida por toda la tierra, dice *Ireneo*; como no hay sino un sol, así se ve desde una extremidad del mundo á la otra la misma luz de la verdad.» En el siglo III *Tertuliano* dirige á los emperadores este valiente apóstrofe: «Somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestros fuertes, vues-

(1) TERTULL., *Apolog. fine.*—AUGUSTIN., *Serm.* XXII, 4 «*Sparsum est semen sanguinis; surrexit seges Ecclesie.*»—THEODORET., *Serm.* IX, *adv. Græc.* (t. IV, p. 615): αἷμα τῶν ἐκτεθηέντων ἀρδεῖα τοῖς νεοφύτοις ἐγένετο.